debia quedar oculta la verdad para todo el mundo, y por mas que escudriñe el historiador, el golpe de Estado del 2 de Diciembre quedará acaso envuelto para siempre en el mas profundo misterio.»

Aquí termina la relacion de Mr. Víctor Hugo, el ardiente republicano; ahora reproduciremos la que redactó un oficial inglés, el capitan Jesse, para una publicacion de Londres, y la cual nos parece escrita con toda imparcialidad. He aquí como se espresaba:

«Antes de referir los detalles de los acontecimientos de este dia, debo hacer presente, que desde la casa donde yo vivia, situada en el Boulevard, á pocos pasos de la calle Montmartre, no me era posible abarcar con la vista mas que una estension de unas mil varas, y por lo tanto, mis observaciones se circunscriben á lo que ocurrió en el espacio comprendido entre la calle de Richelieu y el estremo oriental del Boulevard Bonne Nouvelle.

«A las diez y media de la mañana salí del restaurant Bonnefoy, y noté que por aquel sitio habia cesado completamente la circulacion de carruages; poco despues comenzaron á cerrarse las tiendas. Al dirigirme al ministerio del Interior, situado en la calle Grenelle, todo parecia tranquilo, y no vi movimiento alguno de tropas, pero á eso de las dos, cuando me acercaba á la calle Vivienne, observé que aquellas avanzaban por el Boulevard, rechazando á la gente hasta las calles contiguas, y como algunos gritaban: ¡salvaos! ¡salvaos!, me refugié con mi esposa en una tienda, trasladándome poco despues á mi casa. Al poco tiempo volvi á salir para dirigirme á la Plaza de la Bolsa, y al regresar, costóme mucho trabajo abrirme paso; oíase distintamente el estampido del cañon por la parte de San Dionisio, y empezaron á pasar numerosas tropas que marchaban en aquella direccion. Habiendo entrado en mi casa, me asomé al balcon, donde se hallaba mi señora, y alli estuve observando algun tiempo cuanto pasaba. Todo el Boulevard, hasta donde podia alcanzar mi vista, estaba ocupado por las tropas, principalmente por la infanteria, si bien divisé asimismo algunos cañones en la parte mas alta del Boulevard Poissoniere. En los balcones y ventanas habia numerosos espectadores, y los oficiales fumaban tranquilamente, cosa que no estrañé luego, pues segun se me dijo, los príncipes de la familia de Orleans

habian introducido esta costumbre, que en mi concepto no dice muy bien con la disciplina cuando los militares están de servicio. Del Boulevard de los Italianos no veia mucho, á causa de un ángulo que formaba la esquina de la calle, mas por la parte de San Dionisio, era fácil alcanzar con la vista hasta el Boulevard Bonne Nouvelle. Estaba mirando con mi anteojo los movimientos de las tropas en dicha direccion, cuando de repente, oí varios tiros á corta distancia, y pocos momentos despues, toda una columna, compuesta de unos 300 hombres, avanzó por el Boulevard á paso de carga, haciendo un nutrido fuego de fusileria, lo cual me estrañó mucho porque no divisaba por allí enemigo alguno á quien pudiera atacar la tropa. Mas rápido que el pensamiento, cogí del brazo á mi esposa, que se hallaba á mi lado, y la conduje á un rincon de la sala, muy á tiempo por cierto, pues en el mismo instante penetró en el techo una bala, pasando por encima de nuestras cabezas; un minuto despues, oyóse otra descarga, y cinco ó seis proyectiles mas entraron en nuestra habitacion; uno de ellos hizo saltar los cristales en mil pedazos, otro rompió el espejo, el tercero destrozó el reloj que estaba sobre la chimenea, y los demás se embotaron en la pared. Aprovechando el momento en que los soldados cargaban sus armas, salí de la sala con mi esposa para guarecernos en las habitaciones interiores, pues hubiera sido peligroso permanecer en el mismo sitio, tanto mas cuanto que el fuego fué continuado durante algun tiempo. Media hora despues, situáronse dos cañones frente al Hotel Salandrouze y los artilleros comenzaron á bombardear el edificio, si asi puede decirse, sin que nadie acertára á comprender el motivo que habria para cometer semejante barbárie. Unos dijeron que las tropas hacian causa comun con los rebeldes; otros aseguraban que se acababa de hacer fuego desde algun balcon contra los soldados, cosa que yo no ví ni creo que nadie tampoco, y los mas no sabian á qué atenerse. Pudo ser muy bien que las tropas se dejáran dominar por un pánico; acaso temieran que detrás de cada ventana se ocultaba un enemigo, ó quizá se dejasen llevar de un impulso sanguinario. Por sensible que me sea decirlo, como militar que soy, me parece que la última version es la mas fundada, y de todos modos, el caso es que las descargas se sucedieron sin interrupcion durante un

cuarto de hora, sin que nadie contestára á ellas, resultando de aquí que muchos infelices que no pudieron guarecerse en ninguna casa, murieron en el sitio. Los soldados entraron tambien en algunas casas de donde no habia partido tiro alguno, y cometieron escandalosos atropellos.

«Aun admitiendo que desde una ventana se hiciera fuego contra la tropa, y que por ello muriesen algunos soldados franceses, ¿ era este suficiente motivo para consentir una horrible matanza que costó la vida á tantas víctimas inocentes? ¿Habia derecho alguno para penetrar en las casas, bajo el pretesto de que sus inquilinos hicieron fuego, y sacrificar inhumanamente á cuantos se encontraban en ellas? No es mi ánimo pintar con mas negros colores las escenas que han tenido lugar, pero todo cuanto acabo de referir es un hecho que puede justificarse con infinidad de testigos.

«Parece que vuestro corresponsal tiene formado muy buen concepto de la conducta que han observado las tropas; no se puede negar que en el ataque de las barricadas se han portado bien, pero en los Boulevards se cubrieron de oprobio, y en cuanto á su disciplina, no era por cierto muy buena, pues los soldados hacian fuego sin que lo mandasen los jefes. Si los oficiales tenian suficiente dominio sobre sus subalternos, ¿ cómo se comprende que despues de la primera descarga no evitasen una inútil efusion de sangre inocente? Y si no la tenian, ¿ dónde estaba su disciplina? Sean ó no exactas las opiniones emitidas, ahí están los hechos, que no pueden negarse, asi como no se negará tampoco que los partidarios del Presidente se han valido de la violencia para llevar á cabo sus proyectos.

«Ayer salí de Paris, y reinaba completa tranquilidad.

«Con este motivo tengo el gusto de ofrecerme vuestro afectísimo servidor

«El capitan Jesse.»

Tan importante es el golpe de Estado en la vida de Luis Napoleon y en la historia de Francia, que no vacilamos en reproducir aquí la narracion de otro observador, Mr. Groderich, persona muy conocida en el campo de la literatura. Héla aquí:

«Era el 2 de Diciembre del año 1851 : Yo me habia levantado á la hora de costumbre, y despues de almorzar, leia tranquilamente el Galignani y el Constitucional, cuando á eso de la una entró en mi cuarto, despues de ser anunciada, una señora francesa que venia á visitarme. Parecia algo alarmada, y sin dejarme tiempo para hablar, esclamó: «¡ Cómo! ¿ no sabeis las noticias? Tenemos revolucion; se ha declarado en Paris el estado de sitio; todas las tropas están en las calles; la Asamblea nacional ha sido disuelta; muchos de los representantes se hallan arrestados, y Luis Napoleon es Emperador.» Admirado de que ocurriesen tantas novedades á la vez, salí en el acto de casa, precisamente cuando los buenos ciudadanos de Paris se dirigian presurosos á leer las proclamas en las cuales se les anunciaba que ya no existia la República. Al pasar por los Boulevards, noté que las tiendas estaban cerradas y que habia muchos grupos, pero estos iban dispersándose á medida que se enteraban de las últimas noticias. Toda aquella parte de la ciudad, por lo general tan animada, parecia entonces desierta; los hombres caminaban silenciosos, revelándose en sus semblantes el terror y la ansiedad; los jardines públicos y el Palacio Real tenian tambien cerradas sus puertas; los Campos Eliseos, la Plaza de la Magdalena, y cuantas avenidas conducian al Palacio Borbon, residencia del príncipe Luis, estaban ocupadas por las tropas, y yo calculé que habia allí mas de 50.000 hombres formados en órden de batalla. En la noche de aquel dia debia predicar en Nuestra Señora el célebre jesuita Ventura, y por lo tanto me dirigí temprano al templo para tomar una papeleta, mas hallé las puertas cerradas, aun cuando las tropas se habian retirado ya á sus cuarteles y parecia haber vuelto á recobrar su perdida animacion la gran capital. Los muchachos callejeros corrian por las calles vendiendo un impreso en que se daba cuenta de la disolucion de la Asamblea nacional y de las demás medidas adoptadas por el Presidente, y la gente comenzaba á discutirlas, no sabiendo que admirar mas, si el disimulo del príncipe, 6 su atrevido golpe de mano, pues todos recordaban que durante la última fiesta que dió en el Eliseo, habíase mostrado muy obsequiso con sus enemigos políticos, siendo asi que acababa de tomar la desesperada resolucion de jugar el todo por el todo. Cuatro

387

386

horas habian bastado al príncipe Luis para llevar á cabo todas las medidas que debian asegurar el triunfo del golpe de Estado.

«El dia 3 noté que la escitacion del pueblo iba en aumento: las sociedades secretas trabajaban activamente; los republicanos rojos se habian recobrado de su primera sorpresa; los ex-representantes de la Asamblea arengaban á la multitud, circulando manifiestos en que se aconsejaba á los ciudadanos opusiesen una vigorosa resistencia, y todo esto dió por resultado formarse algunas barricadas que fueron tomadas por la tropa, no sin algunas pérdidas por ambas partes. Las medidas que tomó el gobierno, por su parte, fueron mas violentas: prohibióse la circulacion de carruages, y á los habitantes salir á la calle, y se previno además que serian fusilados cuantos fueren cogidos cerca de una barricada con las armas en la mano. Por la noche hubo gritos, discursos violentos, un inmenso gentío en los Boulevards, pero algunos creyeron que no pasaria la cosa mas allá, si bien aseguraban otros que Luis Napoleon moriria antes de cuarenta y ocho horas.

«En las primeras horas de la mañana del 3 no habia mucho movimiento, lo cual no impedia que la mayor parte de las tiendas permaneciesen cerradas, pero á eso de las doce, al dirigirme yo á la calle de Jenneurs para practicar una diligencia, vi que la multitud corria en todas direcciones, como sobrecogida de un pánico, mientras que los vecinos cerraban puertas, balcones y ventanas. Pregunté la causa de aquellas corridas á dos ó tres que pasaron á mi lado, pero sin duda tenian demasiado miedo para detenerse á contestar, y no pude averiguar nada por el momento. Unos creian que el pueblo se levantaba en masa; otros que las tropas iban acercándose, y al fin supe que se estaban levantando barricadas en la puerta de San Dionisio y en el Boulevard de este nombre. Deseoso de ver como se construian aquellas, dirigíme á dicho sitio, y ví, en efecto, que se trabajaba activamente, pues ya se habian formado cuatro con barandillas de hierro, escombros, árboles cortados, carros, coches, omnibuses, y todo cuanto caia en poder de los insurrectos.

«Bien pronto presentaron las barricadas un aspecto formidable, siendo fácil reconocer que serian necesarios los cañones para tomar-las; no trabajaban muchos hombres, pero los que ví, sabian perfec-

tamente su oficio, á juzgar por la maña que se daban. Habian comenzado á circular los mas estraños rumores: decíase que el ejército acababa de salir de Paris para hacer frente á las tropas que venian de las ciudades cercanas; que la guardia nacional tomaria parte con el pueblo, y en una palabra, propalábanse por los agentes de la Asamblea las noticias mas apropósito para estimular á los enemigos del Presidente. Terminadas las barricadas, comenzaron á presentarse hombres de siniestra catadura, armados de puñales, carabinas y pistolas; hicieron abrir las tiendas de las calles contiguas para ver si habia armas, y allí donde encontraban, escribian con yeso en la puerta: Armas entregadas; -- muerte al ladron. De un teatro sacaron algunas carabinas y un tambor, con el cual se entretuvieron en tocar generala. Un hombre de rudo aspecto, armado hasta los dientes, se acercó poco despues á mi v me dijo: Si sois un curioso hariais mejor en marcharos. Yo lo creí asi tambien, y como viera que se adoptaban medidas muy belicosas, resolví alejarme cuanto antes, pues ya no quedaban allí combatientes.

«Sin embargo, apesar de que no habia permanecido allí sino unas dos horas, tan activamente trabajaban los insurrectos, que ya estaban fortificadas todas las calles contiguas, por manera que hube de trepar por las barricadas para salir fuera de aquella línea de operaciones.

«Cuando llegué á los Boulevards, ví que estaban desiertos: un destacamento de infantería y artillería acababa de desembocar por una calle, y marchaba silenciosamente en direccion á la primera barricada, pero antes de llegar, situáronse á distancia conveniente dos cañones, que debian romper primero el fuego contra los revoltosos. Las pocas personas que andaban por allí, saludaron á la tropa con el grito de: ¿Viva la República! pero entonces mandó el oficial que se despejára el Boulevard, y los soldados cargaron sobre nosotros, obligándonos á huir por las calles laterales. Al penetrar en el Boulevard de los Italianos, observé que estaba todo él ocupado por numerosas tropas formadas en órden de batalla, estendiéndose su línea hasta la calle de la Paz, y era de ver como los diversos regimientos de infantería, caballería y artillería, iban pasando unos tras otros para ir á tomar sus respectivas posiciones. Distraido con aquel marcial espectáculo, olvidé

que los soldados tenian órden de no dar cuartel, y en efecto, bien pronto despejaron todas las calles, impidiendo que nadie se acercase á sus lineas. Sin embargo, poco despues se relevaron los centinelas, no sé por qué motivo, permitiéndose á muchos curiosos que se aproximáran hasta el Boulevard Bone Nouvelle, y esta imprudencia dió por resultado la muerte de treinta y cinco personas, quedando heridas otras muchas.

«Estaba yo hablando con un amigo á quien acababa de encontrar, cuando de pronto resonó un cañonazo, seguido de una descarga de fusilería; luego se oyó otra, y de pronto, vimos á la caballería precipitarse desordenadamente en sentido contrario del que seguia, como dominada por un pánico, y haciendo retemblar el piso cual si hubiese estallado una terremoto. ¿ Qué podia haber ocurrido? Primeramente se creyó que una parte de las tropas se habia insurreccionado; luego se supuso que los republicanos acababan de rechazarlas, pero lo cierto es que la caballería dió una carga terrible, é inmediatamente se oyó la órden de cerrar todas las ventanas y balcones, acaso porque se habria hecho fuego desde alguna de ellas contra las tropas. Las casas sospechosas fueron cañoneadas y tomadas por asalto; el estruendo de las descargas era espantoso, y sin hablar aquí de la destruccion causada por los soldados, me limitaré á decir que el fuego continuó por espacio de una hora sin cesar un momento.

«Se ha censurado justamente la conducta de las tropas, que sin consideracion alguna, dispararon contra personas indefensas, pero debe tenerse en cuenta que se habia dado órden á los habitantes para retirarse á sus casas; los que perecieron en el Boulevard Montmartre y en otros puntos, no ignoraban que se esponian á un peligro, pero pudo mas en ellos una fatal curiosidad, y he aquí porque fué mayor el número de víctimas. La opinion pública es siempre muy severa con el soldado, y no se advierte que la situacion de este es muy crítica cuando se halla en medio de una calle, pues se le puede hacer fuego por todas partes, lo cual es suficiente para que no se detenga á reflexionar; sus enemigos están ocultos, y sabe por una dolorosa esperiencia, que un socialista no dá cuartel; escitado por el deseo de la venganza, cree ver un asesino en cada ciudadano, y en esta persuacion, mata sin piedad al que se le pone delante.

«Por la tarde intenté recorrer de nuevo los Boulevards: varios escuadrones de caballería y brigadas de infantería vivaqueaban en varios puntos, y se permitia al público llegar hasta la calle Lafitte, pero con la condicion de andar muy aprisa y no detenerse ni un momento. Algunos ginetes con sus pistolas cargadas, estaban de centinela en las esquinas de las calles, y si los individuos se paraban un instante para hablar, apuntábanles en seguida con sus armas, ordenándoles que continuaran su camino; cuando se formaba algun grupo, dispersábanle los lanceros en el acto, pero esto se hacia más bien con el objeto de intimidar.

«En dias de revolucion se debe huir del soldado, aun cuando á veces es mas peligroso el pánico de la multitud: yo reflexioné que podria sucederme una desgracia lo mismo que á otros muchos, y en su consecuencia me volví á mi casa, convencido, por lo que habia visto durante el dia, que la lucha en las calles de Paris es una cosa muy grave.

Luis Napoleon se proclamó dueño de Francia el 2 de Diciembre, y el dia 4 se apoderó de ella; fué una leccion terrible que no deben olvidar nunca los pueblos.